

# **ACTAS DEL CONGRESO INTERNACIONAL «CULTURAS GLOBALIZADAS: DEL SIGLO DE ORO AL SIGLO XXI»**

**Lygia Rodrigues Vianna Peres y Liège Rinaldi  
de Assis Pacheco (eds.)**





LYGIA RODRIGUES VIANNA PERES Y  
LIÈGE RINALDI DE ASSIS PACHECO (EDS.)

*ACTAS DEL CONGRESO INTERNACIONAL  
«CULTURAS GLOBALIZADAS:  
DEL SIGLO DE ORO AL SIGLO XXI»*

Pamplona  
SERVICIO DE PUBLICACIONES  
DE LA UNIVERSIDAD DE NAVARRA  
2017

Colección BIADIG (Biblioteca Áurea Digital), 39  
PUBLICACIONES DIGITALES DEL GRISO

Lygia Rodrigues Vianna Peres y Liège Rinaldi de Assis Pacheco (eds.), *Actas del Congreso Internacional «Culturas globalizadas: del Siglo de Oro al siglo XXI»*, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2017. Colección BIADIG (Biblioteca Áurea Digital), 39 / Publicaciones Digitales del GRISO.

EDITA:

Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra.



Esta colección se rige por una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 3.0 Unported](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/3.0/).

ISBN: 978-84-8081-558-1

LYGIA RODRIGUES VIANNA PERES Y  
LIÈGE RINALDI DE ASSIS PACHECO (EDS.)

*ACTAS DEL CONGRESO INTERNACIONAL  
«CULTURAS GLOBALIZADAS:  
DEL SIGLO DE ORO AL SIGLO XXI»*

## EL DIABLO COMO PROTAGONISTA EN LA LITERATURA HAGIOGRÁFICA

*Silvia Guadalupe Alarcón Sánchez*  
*Universidad Autónoma de Guerrero*

En la América española, particularmente en el periodo virreinal, los conquistadores y religiosos nos trajeron su idea del demonio. Al llegar a tierras americanas se fusionó con la que poseían los indígenas, dando lugar en un principio, a diferentes perspectivas sobre este ser. Es así que el imaginario europeo trajo consigo la idea del demonio como causante del pecado y de la perdición humana consolidando el sentimiento de culpa; quienes más estuvieron influenciadas por estas ideas fueron las mujeres y, principalmente, las monjas.

Otro elemento cultural venido de España fue el Barroco que no fue sólo un movimiento que se manifestó en la literatura, en la pintura, en la escultura, en la música, en la arquitectura, sino también fue un modo de vida. Una característica es la perspectiva que tuvo acerca de la muerte relacionada con el pecado y la culpa; el pecado fue una obsesión para los religiosos, esta idea fue transmitida a los habitantes del nuevo mundo de manera insistente. Como respuesta, purgaron el alma a través de una disciplina de golpes, aunado a un dolor moral que implicó humillación. En el momento de la catarsis, el espíritu requería de la carne para merecer. Con esta práctica se estableció una relación con el más allá a través de lo sagrado.

La cultura en la época virreinal propició la creencia en hechos sobrenaturales que fueron aceptados como parte del mundo donde la ri-

validad entre el bien y el mal modeló la vida cotidiana, por su parte, en los conventos femeninos, la presencia del demonio fue copartícipe de las actividades edificantes. Este personaje, protagonista en la literatura hagiográfica, fue una figura que el cristianismo describió con abundancia de metáforas corporales. Su representación cambió con la incorporación de otras culturas, como la europea, la musulmana, la bizantina, la china y se volvió polimorfo. Su cuerpo se asoció con el rojo y con el fuego, tomó los cuerpos del lobo, del macho cabrío, del mono; le salieron alas de murciélago, patas de cabra o de ave, hocico de cerdo y rabo.

A los santos se les aparecían demonios sexuados como súcubos (mujeres) o íncubos (hombres). Los demonios fueron vistos como espíritus sexuados donde se representaban los seres más despreciables de la creación, fueron causantes de todo mal. Al espíritu se le relacionaba con el bien y a la materia con el mal.

Según Jaime Borja, el hecho de estar en tierras ajenas hizo que la actitud de los españoles fuera estigmatizar al negro, relacionándolo con el demonio y por su parte el negro asimiló y manipuló esa asociación estableciendo tradiciones propias dentro de un mundo hostil<sup>1</sup>.

Para la comprensión del concepto del demonio y de lo diabólico, es preciso tener en cuenta dos procesos: «El primero es una tendencia hacia la introspección e interiorización en la espiritualidad cristiana, que se puede ligar con un marcado cambio de énfasis en la teología moral medieval: de un sistema basado principalmente en los siete pecados capitales a otro fundamentado en los diez mandamientos»<sup>2</sup>. Según John Bossy en su libro *Christianity in the West*, citado a su vez por Fernando Cervantes, la consideración de los siete pecados capitales, promovió una «ética social y comunitaria» y los diez mandamientos «una ética más introspectiva e individualista»<sup>3</sup>.

Después de que fue introducido el demonio en América, se dio un enfrentamiento entre concepciones diferentes en torno al mal: en el español, se generaron angustias y miedos que se proyectaron en el negro. Por parte del español surgió «la necesidad de recurrir a los sistemas de coerción para mantener la homogeneidad y la pureza de su grupo ante

<sup>1</sup> Borja Gómez, citado en García Ayluardo, Clara y Manuel Ramos Medina, 1997, p. 150.

<sup>2</sup> Cervantes, 1997, p. 143.

<sup>3</sup> Cervantes, 1997, p. 144.

el desarraigo. El debilitamiento de la voluntad y la inestabilidad del yo desembocaron directamente en el fortalecimiento de la culpa»<sup>4</sup>.

Había una preocupación por la muerte, debido a ello, lo que se hacía en esta vida influía mucho para la salvación eterna; se creía en un Dios severo y omnipotente, pero también en un Demonio poderoso. En este sentido, el demonio, el infierno y la muerte alcanzaron un papel desmesurado. Para lograr una imagen infernal que fuera peor que el mundo cotidiano, los religiosos recurrieron en sus sermones, en la lectura de vidas de santos y en relatos de visiones del más allá, en la representación de los castigos con una intención didáctica y moralizante.

Es erróneo pensar en una imagen del diablo paralizada en el tiempo. Lo que para nosotros es oscuro, confuso, fue comprensible en otras épocas. El hombre al ir creando sus propios miedos va dando forma a lo que más teme, uno de ellos fue la figura del diablo. En este sentido se debe tener presente que la distinción entre lo real y lo imaginario es una convención donde la imaginación tiene un papel importante; aun cuando se tenga la idea de que el demonio no existe, debe encontrarse una explicación del porqué algunos creían en su poder. En la América virreinal la representación del mal tuvo diferencias de acuerdo con los antecedentes culturales, el demonio tuvo una presencia dominante como representante del mal y como adyuvante en algunos menesteres. Estuvo presente en los relatos hagiográficos con detalles que narraron torturas y tentaciones, lo curioso es que no sólo sufrieron estos embates las falsas beatas, las alumbradas, sino aquellas que pudieron haber sido canonizadas, es decir, las monjas; el acoso del demonio sirvió para mitigar los pecados ocasionados por la carne, para brindar apoyo a causas amorosas o a curas inesperadas, de ahí que fuera tan difícil para las autoridades eclesíásticas deslindar lo verdaderamente santo de aquello que no lo era y mucho más complicado para quienes padecían esos trances, convencidos fervientemente de la incursión de lo sobrenatural en la vida cotidiana. El demonio fue una figura de poder; las posesiones tuvieron vital importancia en el siglo xvii español y sus seguidores fueron muchos. En ese siglo los biógrafos le otorgaron mucha importancia, llenaron páginas de libros, situación que disminuyó en el siguiente. Sin la obsesión constante de los pecados de la carne, el demonismo no se hubiera desarrollado como lo hizo en la América virreinal.

<sup>4</sup> Borja Gómez, citado en García Ayuardo, Clara y Manuel Ramos Medina, 1997, pp. 161-162.

Cada tiempo histórico define el límite entre lo que considera admisible y lo que no. En la época que nos corresponde la Iglesia y sus representantes dictaban lo que era la verdad, atribuyendo a la intervención divina los acontecimientos sobrenaturales ocurridos a las religiosas o cuando se trataba de intervenciones demoníacas que Dios permitía. En estos trances se presentaban las visiones que contenían imágenes demoníacas, impregnadas de elementos visuales que reforzaron dogmas que la Iglesia había creado como el purgatorio. En otras visiones se mostraban figuras celestiales de la Virgen o Cristo, de esta manera la mujer lograba un reconocimiento y su realización; sin duda los éxtasis, las visiones, las revelaciones provenientes de Dios o del Demonio, constituían transgresiones que hacían dudar a las autoridades eclesiásticas. Estas experiencias fueron recogidas en escritos biográficos o autobiográficos, ahí se representaban hechos sobrenaturales que acompañaban el nacimiento de la biografiada, la vida y la muerte, y aunque estos atrajeron seguramente la atención de los lectores —tal vez mucho más que el ejemplo de santidad— la descripción de las virtudes fue considerada más adecuada por ser modelo de comportamiento.

En la época virreinal, cuando el diablo estuvo representado por medio de la figura de un negro se refería a la alteridad, al Otro que simbolizaba al mal; no se concibe representado en alguien parecido a mi yo, y como la palabra de autoridad pertenecía a los españoles y criollos, la designación tenía que recaer en alguien distinto a ellos. La metáfora y la alegoría se utilizaron para representar al mal y fue a través del cuerpo, cuya existencia como receptáculo del deseo y de fuerzas oscuras, que se propiciaba el pecado, lo que condujo a la negación y a su intento por exterminarlo. En este sentido el diablo aparecía como coadyuvante del plan divino para tentar a las religiosas, para probarlas, pero también era el enemigo que estaba siempre vigilante para hacer daño.

Ejemplos de ello se verifican en los escritos sobre la madre Inés de la Cruz, religiosa del Convento Real de Jesús María, cuya autobiografía fue recopilada en el *Paraíso Occidental* de Carlos de Sigüenza y Góngora, a ella se le apareció el diablo: «hacía en el coro un género de ruido como que andaban rodando botijas por el suelo y, con esto, tanta grima que se me despeluzaban los cabellos»<sup>5</sup>. A otra religiosa llamada María de San José, religiosa del Convento de Santa Mónica, cuya biografía escribió

<sup>5</sup> Sigüenza y Góngora, *Paraíso Occidental*, p. 238.

fray Sebastián Santander y Torres<sup>6</sup> también le causó temor el ver al demonio en una escalera. Para Úrsula Suárez, religiosa del monasterio de las clarisas de la Plaza Mayor de Santiago en Chile, cuya obra se titula *Relación autobiográfica*, el demonio en un principio no le suscitó miedo, aunque después le causó pavor:

y vi dentro del espejo un negro... Yo espantada de no haber visto venir de la chacra, ni un columpio que estaba en la sala donde este negro se columpiaba; apesurada de no haberlo visto venir... volví la cara... y ni había columpio ni negro, ni otra persona en toda la sala... y hallé al negro ya descubierto y tan sumamente feo que causaba horror verlo<sup>7</sup>.

En otra ocasión lo representó con una imagen más humana, como la de mujeres que engañaban a los hombres. Lo sobrenatural no tiene que causar miedo sino extrañeza al lector, ya que lo contrapone con las leyes naturales que conoce y que acepta como únicas y verdaderas. En los textos monacales nos encontramos con que lo sobrenatural no irrumpe como algo asombroso puesto que es parte de ese conocimiento con el que se vivía aunque existieron sus excepciones. Los textos monacales estaban dirigidos hacia lo emocional no al intelecto, por lo que la inseguridad, la duda, características de lo sobrenatural, pertenecen a la emoción, no al raciocinio.

El mundo sobrenatural fue propiciador de la imagen del deseo como le ocurrió a Isabel de Jesús, quien tuvo tentaciones del demonio: «Veía muchas representaciones de hombres y mujeres deshonestas y con tan grande deshonestidad que conocía ya claramente que era astucia de Satanás para inclinarme a aquel mal vicio»<sup>8</sup>. A ella se le catalogó como una mujer que escribió bajo los dictados del diablo. Este no sólo era portador del mal, también con él se podían hacer tratos. Por una parte estaban las religiosas que triunfaban sobre él, a pesar de los tremendos esfuerzos por perderlas; también se hallaban las mujeres del pueblo quienes no podían vencerlo, por lo que se le unían, buscando su protección. La sociedad virreinal no otorgó crédito a una magia popular que no

<sup>6</sup> Ver fray Sebastián Santander y Torres, *Vida de la Venerable Madre María de s. Joseph...*

<sup>7</sup> Suárez, *Relación Autobiográfica*, p. 109.

<sup>8</sup> Fray Francisco Ignacio, *Vida de la Ven. Madre Isabel de Jesús...*, libro I, cap. XXXVI.

tenía un discurso legitimador e institucional y que vino a ocupar el lugar del Otro.

En la mayoría de ocasiones el diablo fue representado con color negro, con figura humana como un mulato, y esta forma adoptó para varias religiosas, entre ellas para María de San José, a quien en una ocasión se le presentó como juez y acusador y se exhibió junto a Dios, quien dio oportunidad de que se llevaran a cabo los tormentos<sup>9</sup>. El diablo también suele aparecer como una serpiente a quien pueden aplastar —o matar con dientes y manos como lo hizo Úrsula Suárez— o incluso en los cuerpos de sus semejantes. Atormentaba a las religiosas pero lo hacía en la medida en que Dios lo permitía, por lo que no se debía criticar o enjuiciar sus acciones ya que eran para aumentar su gloria. Algunas como Juana de la Cruz, religiosa de la orden tercera de penitencia de San Francisco en Madrid, podía ver a los demonios en otras personas, incluso en niñas muy pequeñas, se menciona el caso de una que tenía siete meses y la razón por la que estaba poseída era por los pecados de los hombres. Religiosas como Úrsula Suárez y Margarita María de Alacoque, esta última monja de la orden de la Visitación en Francia, se referían al demonio como ‘monstruo’. Las narradoras tuvieron que recurrir en muchas ocasiones a términos conocidos, a referentes de la vida real para describir aquello que no podían hacer, como señalar la apariencia del diablo, de ahí que apelaban a animales o al color negro como ya se dijo, para representar su malignidad. Otra representación animal que tuvo fue a través de monos y gatos negros. Algunas mujeres observaron una variedad como Catarina de San Juan, a quien los demonios que la acosaban se le presentaban en distintas formas: como frailes o ermitaños que la mal aconsejaban, como varones jóvenes que la provocaban, como soldados que la despedazaban, también se aparecían como poblanos; veía en ellos a demonios rodeados de serpientes y de bestias, algunos incluso le jugaban bromas; curiosamente y a pesar de que el color de la piel de esta mujer no era blanca, representó al demonio como lo hicieron las demás, las españolas y criollas, es decir de color negro<sup>10</sup>. Para otras, como la madre Ana de Guerra, religiosa guatemalteca, el demonio apareció rodeado de fuego como se había representado en varios textos:

<sup>9</sup> San José, María de, *Manuscritos de Oaxaca*, en Kathleen Myers, 1983, pp. 189-190.

<sup>10</sup> De la Maza, Francisco, *Primera parte de los prodigios de la omnipotencia y milagros...*, pp. 78 y 83.

«Sucedióle esto mismo en otras ocasiones que poniéndose a su vista en la figura de un animal muy feroz y monstruoso que despidiendo fuego de sí se le acercaba con ademanes de quererle hacer algún grave daño»<sup>11</sup>. Ella misma tuvo la facultad de ver a su madre en el purgatorio donde dos negros la atormentaban; en otra ocasión pasó junto a ella y su familia una figura de fuego que lo relacionaron con el demonio quien intentaba matarla. A la madre Hipólita de Jesús y Rocaberti, religiosa de la orden de Santo Domingo en el monasterio de Nuestra Señora de los Ángeles, en la ciudad de Barcelona, el demonio la acometió en forma de leones y de perros rabiosos a quienes con oraciones ahuyentó. La Madre Isabel de Jesús lo vio en forma de cuervo: «Apenas llegué, cuando me salió al encuentro un espantoso demonio, vino en figura de cuervo muy terrible, comenzó a batir sus alas sobre mí, bajándose tanto que casi me daba con ellas, yo (como dejo dicho atrás) tenía grandísimo miedo...»<sup>12</sup>. También se le aparecen como personas pecadoras, algunos sin cabeza y en forma de perro, pero todos negros; el infierno también se le presentó con las consabidas llamas, las almas pecadoras boca abajo y un demonio se apareció en forma de dragón.

Como ya se observó, la mayoría representaba al diablo como un animal símbolo del mal, pero también hubo otros que encarnaban el bien, como más adelante se verá. A la madre Marina de la Cruz del Convento Real de Jesús María, se le apareció en forma de indio, con ropa de sirvientes, como «féisimo etíope» haciendo gestos que le provocaron risa; en alguna ocasión se convirtió en conejo, y también le era posible entrar en las iglesias; otras veces acometía el demonio contra ella golpeándola: «eran tales los golpes que descargaba sobre ella, que solía quedar privada de sentido por muchas horas»<sup>13</sup>. También se le presentaba como un apuesto galán que rondaba por las torrecillas de su celda. A María de Jesús se le presentó como un negro deforme, como un toro feroz y como un caballo que arrojaba fuego. En cambio, para los mulatos y negros el diablo tuvo una representación distinta de como lo veían las religiosas y se aproxima a la imagen que ahora conocemos, con cuernos, cola de serpiente, patas con uñas de gallo, en sí era temible y no se relacionaba con aquel que veían las monjas, cuya representación fue

<sup>11</sup> Siria, *Vida admirable y prodigiosas virtudes de la venerable sierva de Dios, Doña Ana Guerra de Jesús...*, p. 239.

<sup>12</sup> Fray Francisco Ignacio, *Vida de la venerable Madre Isabel de Jesús...*, cap. IX.

<sup>13</sup> Sigüenza y Góngora, *Paraíso Occidental*, p. 172.

hasta cierto punto más benévola. En general la presencia del demonio se relacionó con animales negros y feroces aunque en algunas ocasiones fue representado con aspecto agradable, y se precavía que también podría presentarse a través de la belleza y que fuera no sólo identificable a través de su fealdad.

El diablo acosó a Isabel de Jesús para que no ingresara en el convento. Sor Isabel, como varias religiosas, relacionó a los hombres con el diablo; todas las maldades, desobediencias, catástrofes, desgracias, fueron atribuidas al demonio, incluso actitudes y acciones propias de las personalidades de las narradoras, o bien cuando en otra ocasión su confesor le dijo que algunas palabras se las ha había dicho el diablo por las malas acciones que había realizado.

Las paredes del convento no fueron protección segura contra el demonio, que entraba en él y provocaba no sólo desconcierto sino también sucesos físicos tales como vientos fuertes. La creencia del demonio estuvo arraigada en las mentes de blancos y negros, como bien dio cuenta la narración de la religiosa Úrsula Suárez, pues cuando dijo que se le había aparecido siendo ella niña, personas mayores como las criadas negras, de inmediato creyeron en esta visión y también su madre, quien pensó en alejarla de ahí; incluso su abuelo creía en el demonio, aunque no estaba seguro de que se le hubiera aparecido a ella, pues dijo que a quien se encontraba lo mataba. La descripción que hace del diablo es minuciosa, va de lo general a lo particular, de la cabeza a los pies. El color negro del diablo es imputable no por ser maligno, sino porque con él se relacionaba a los esclavos.

La presencia del diablo se presentaba en espíritu y materializado, se podía escuchar su voz e incluso podía tocarlas o causarles tormento, asimismo fue un ser con el que se hablaba y al que se dominaba, como lo hizo la madre Marina de la Cruz. La presencia demoníaca fue cotidiana y aparecía en los actos de la vida diaria, como cuando dos casados peleaban y en medio se encontraba el demonio quien los estuvo azuzando a reñir, siendo este caso presentado en la narración de la madre Isabel de Jesús:

Vi por estos ojos que se han de comer la tierra, sobre la mesa de dos casados un demonio que les estaba incitando que fuesen mal casados. Estaba a la mesa para comer y con grandísimo enojo se decían el uno al otra malas

palabras, y si malas las decía el uno peores las decía el otro, instigados de aquel demonio que estaba sobre su mesa...<sup>14</sup>

La figura del diablo representó no sólo lo malo, en ocasiones también tuvo una función positiva, si se acepta que con su ayuda las religiosas alcanzaban la santidad, o asimismo cuando las mujeres del pueblo conseguían su ayuda para sus necesidades. Se le dotó de un poder omnímodo, antítesis de Dios hacedor de maravillas, fuerza sobrenatural proveniente de fuerza maligna, pero con poderes ilimitados sobre los hombres.

La mayoría de los místicos han sufrido el acoso del demonio y las religiosas de la América virreinal no fueron la excepción, se aparecía a las elegidas en momentos en que su vida llevaba un curso diferente al esperado por Dios, o bien a las que estaban en vías de santidad como la madre María de Jesús, por lo que la aparición del diablo sirvió para encauzar el rumbo. En los conventos tenía fácil entrada y se le podía ver en los coros, en los lugares de las monjas que no habían acudido a rezar. Estos eventos proporcionaban un gran interés no sólo para la comunidad religiosa, sino también para la sociedad, y no era propiamente mal visto, ya que se tenía presente que Dios permitía tales actos o posesiones sólo a sus preferidas para lograr ejemplaridad.

El número de casos de intromisión diabólica en la vida cotidiana fue muy grande. En toda biografía de santo, beato, convento, aldea, libro de piedad, o sermón, existía esta intrusión. Se vivía en una época en que fue frecuente la existencia de la figura del demonio, las actividades de la vida diaria conventual tuvieron que ver con presentaciones diabólicas o bien con éxtasis místicos. En varias obras literarias el objetivo fue poner en imágenes la figura demoníaca, otorgándole una visión humana, haciendo más concreto al diablo, más presente y temible.

Las religiosas poseídas que lograban dominar al demonio obtenían prestigio y respetabilidad. Las autoridades religiosas decidían si una mujer sufría o no de posesiones, las resoluciones dependían de sus intereses. Viene al caso señalar que la Inquisición difundió la idea de que la mujer era presa fácil de la melancolía y por lo tanto lo era del diablo, esta melancolía estuvo relacionada con las posesiones. Algunas tentaciones del demonio fueron pruebas para que las mujeres dieran testimonio de su fuerza y se convirtieran en modelos. El *Malleus Maleficarum* fue un libro de cabecera de los inquisidores que fue muy solicitado en esa época.

<sup>14</sup> Fray Francisco Ignacio, *Vida de la V. Madre Isabel de Jesús...*, p. 210.

No cualquiera que sufriera de posesión demoníaca se podía ver como signo de santidad, en realidad había una distinción precisa en cuanto a estos síntomas, para ello en 1631 Gaspar Navarro<sup>15</sup> hizo una distinción entre las poseídas, las obsesas y las que sufrían influencias demoníacas como angustia, melancolía, ascos, dolores o sugerencias de pecado y vicio. Fray Andrés Olmos en su *Tratado de hechicerías y sortilegios* resume algunas ideas curiosas por las que las mujeres eran presa fácil del demonio, asimismo da cuenta de la idea que se tenía de la mujer en esa época: las calificó de embaucadoras, fáciles de engañar, querían saber los secretos de los demás, hablaban mucho, se dejaban dominar por la ira, el enojo, eran celosas y envidiosas. Otra manera de lograr la santidad fue a través de las flagelaciones y mortificaciones que confirmaron el camino de dolor que las religiosas debían llevar como carga por los pecados del mundo. Junto a las posesiones, los autotortmentos, los castigos infligidos al cuerpo, como los padecidos por Francisca de los Ángeles, religiosa novohispana, así como por muchas más, un estado físico de dolor, náuseas y vómitos eran acompañados de debilidad mental que las aproximaba peligrosamente hacia la visión demoníaca. Lo que les sucedía a las monjas era ejemplar para la sociedad, pues eran modelos a seguir; además sus visiones tenían que ver con lo que sucedía en el siglo, por ejemplo algunas de ellas criticaban el adulterio, la afición a los juegos, que eran pecados cometidos por individuos del lugar donde el convento estaba establecido. Fueron muestra viviente de la lucha entre las fuerzas sobrenaturales que involucraba a la comunidad religiosa y que las conectaba con el mundo exterior.

Entre sus acciones, el demonio tentaba a las monjas de diversas maneras, a María de Jesús le presentó imágenes obscenas y la única forma de vencerlo fue a través de los tormentos del cuerpo y de constantes oraciones: «se le ponían delante de la vista las sombras del abismo, en figura de hombres desnudos, representándole objetos lascivos, y escandalosos»<sup>16</sup>. Las reliquias eran efectivas para estos ataques, como el pedazo de carne que guardaba de Santa Teresa. El maligno no se contentaba con presentarle visiones, sino que la atacaba materialmente, María de Jesús sufría golpes que la dejaban dolorida.

<sup>15</sup> Cit. Deleito y Piñuela, 1952, p. 225

<sup>16</sup> Fray Félix de Jesús María, *Vida virtudes y dones sobrenaturales de la ven. sierva de Dios sor María de Jesús...*, p. 79.

Los biógrafos introducían opiniones haciendo suyas conclusiones o decisiones que pertenecían a otros personajes. Las opiniones del narrador acerca de la conducta de quienes vivían en el siglo se entremetían en las biografías aprovechando la oportunidad para moralizar y reprender, como sucedió con el relato de la vida de Sor Antonia:

Viendo el demonio, que con los alicientes, que su astuta maldad le había puesto, no había podido conseguir el que inclinara la voluntad al amor desordenado de las criaturas, procuró hacerla presa valiéndose de un mozuelo de buen parecer, y no de buen vivir, instigándole para que a escondidas de sus Padres le diese a entender con blandas razones que pretendía su amistad, hízolo con infernal audacia, diciéndole que solicitaba su amor en aquella familia endemoniada que Lucifer ha sembrado en el mundo, con nombre de devoción cuando se debe llamar cruel anzuelo con que el Demonio ha sacado a tantas almas del piélago inmenso del Divino amor para arrojarlos a las esterelidades de la culpa que continuamente acompañan a un desordenado amor<sup>17</sup>.

Otro biógrafo, Diego de Lemus, representó a los demonios como animales, ya sea como toro, caballo, o bien como seres humanos negros. Al toro se le relacionaba con la fuerza y con su carácter salvaje, al caballo también con la fuerza y vitalidad, aún superior a la del toro, y también se le relacionaba con la soberbia y la lujuria; el color negro desde antaño se ha identificado con lo oscuro, con lo maligno, con las tinieblas. En la biografía de la madre Ana Guerra de Jesús escrita por el padre Antonio de Siria, aparece otro animal representativo del símbolo del mal, la culebra, que también es representación del demonio, al que la religiosa venció siendo niña.

El demonio, como personaje portador del mal y como actante importante de las biografías y autobiografías, tuvo trascendencia en la vida de la sociedad virreinal y en particular en la de las religiosas, pues si bien fue portador del pecado, también coadyuvó en la obtención de la santidad. La figura del demonio fue fundamental en el imaginario virreinal y en el español. Sin él no es posible explicar las posesiones, los pecados, las maldades, la santidad de las mujeres, pues al vencer al demonio conseguían virtud y, por ende, sus experiencias tenían posibilidad de escribirse. Viéndolo así este personaje resultó ser vehículo para el reconocimiento femenino.

<sup>17</sup> Sanchez de Castro, *Vida de la V.M. Sor Antonia de la Madre de Dios...*, pp. 35-36.

## BIBLIOGRAFÍA

- Cervantes, Fernando, «El demonismo en la espiritualidad barroca novohispana», en *Manifestaciones religiosas en el mundo colonial americano*, coord. Clara García Ayluardo, y Manuel Ramos Medina, México, INAH/CONDUMEX/UIA, 1997.
- Deleito y Piñuela, José, *La vida religiosa española bajo el cuarto Felipe: santos y pecadores*, Madrid, Espasa-Calpe, 1952.
- García Ayluardo, Clara y Manuel Ramos Medina, *Manifestaciones religiosas en el mundo colonial americano*, México, Universidad Iberoamericana, 1997.
- Ignacio, Francisco fray, *Vida de la Venerable Madre Isabel de Jesús recoleta agustina en el convento de San Juan Bautista dictada por ella misma y añadido lo que faltó de su dichosa muerte*, en tres trabajos dividida, dedícala al Santísimo Cristo de la Victoria, tutelar del convento de recoletas de N. P. San Agustín. Sito en la Villa de la Serradilla, ciudad de Plasencia, Madrid por Francisco Sanz en la imprenta del reino [1670].
- Jesús María, Félix de, *Vida virtudes y dones sobrenaturales de la ven. sierva de dios sor María de Jesús religiosa profesada en el V. monasterio de la Inmaculada concepción, de la Puebla de los Ángeles en las Indias Occidentales*, Roma, Imp. Joseph y Phelipe de Rossi, 1756.
- Maza, Francisco de la, *Catarina de San Juan, princesa de la India y visionaria de Puebla*, México, Libreros de México, 1971.
- Sánchez de Castro, Joseph Geronimo, *Vida de la V. M. Sor Antonia de la Madre de Dios, Religiosa Agustina Recoleta, y Fundadora en el Convento de Santa Mónica de la Puebla de los Ángeles, y después en el de Nra. Sra. de la Soledad de la Ciudad de Antequera Valle de Oaxaca*, Oaxaca, por la viuda de D. Joseph Bernardo de Hoyal [1747].
- San José, María de, *Manuscritos de Oaxaca*, en Kathleen Myers, *Word from New Spain. The Spiritual Autobiography of Madre María de San José (1656-1719)*, Liverpool, Liverpool University Press, 1983.
- Santander y Torres, Sebastián fray, *Vida de la Venerable Madre María de s. Joseph, religiosa agustina recoleta, fundadora en los conventos de Santa Mónica de la ciudad de la Puebla, y después en el de la Soledad en Oaxaca*, Oaxaca, con licencia en México, por los herederos de la viuda de Miguel de Rivera, en el Empedradillo [1723].
- Sigüenza y Góngora, Carlos, *Paraíso Occidental* [1683], México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995.
- Siria, Antonio P., *Vida admirable y prodigiosas virtudes de la venerable sierva de dios D. Ana Guerra de Jesús sacada de lo que ella misma dejó escrito por orden de sus confesores*, La escribe el p. Antonio de Siria profeso de la Compañía de Jesús y prefecto de la muy ilustre y venerable congregación de la Anunciata en el Colegio de la Compañía de Jesús de Guatemala, su confesor y la dedica

a Santo Domingo de Guzmán esclarecido patriarca de la religión de predicadores. Con licencia de los superiores en Guatemala por Br. Antonio de Velasco [1716].

Suárez, Úrsula, *Relación Autobiográfica*, pról. Mario Ferrucci Podestá, Santiago de Chile, Biblioteca Antigua Chilena, Academia Chilena de la Historia, 1984.

